

Cuidar “en” y “a” la economía popular: actores, dispositivos y demandas en tiempos de pandemia y pospandemia.

Julieta Campana -jcampana@untref.edu.ar/julicampana@gmail.com

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Centro Interdisciplinario de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Tres de Febrero (CONICET/CIEA-UNTREF) - Universidad de Buenos Aires (UBA)

Agustina Rossi Lashayas -arossilashayas@gmail.com

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires (CONICET/IIGG-UBA)

Recibido: 11- 09 -2022

Aprobado: 07-11-2022

Resumen: La pandemia del COVID-19 implicó una situación de emergencia sanitaria, pero también una crisis económica y social que afectó al mundo entero. Los hogares se vieron fuertemente atravesados por las transformaciones en las dinámicas cotidianas de vida y trabajo derivadas del aislamiento y otras restricciones. En este marco, los cuidados traspasaron las fronteras de las casas, de lo individual, de lo privado, poniendo de relieve la importancia de los mismos para la sostenibilidad de la vida en un sentido amplio. A la vez, se visibilizaron las desigualdades existentes en la distribución de estas tareas (producto de la división sexual del trabajo) y en las formas en que los diferentes sectores sociales acceden a esas necesidades de cuidados (producto de la organización social del cuidado existente). El artículo se propone, a partir del caso de espacios de cuidados creados en el marco de la economía popular y, en particular, del Movimiento de Trabajadores Excluidos, caracterizar la génesis y desarrollo de estos espacios de cuidados e indagar en las transformaciones producidas en pandemia y en contexto de pospandemia en las estrategias colectivas de

trabajo y cuidados que tejen y articulan desde el sector, y que se expresan en un conjunto de nuevas jerarquías, estructuras orgánicas y agendas políticas.

Palabras clave: cuidados; economía popular; movimientos sociales; género.

Abstract: The COVID-19 pandemic implied a health emergency situation, but also an economic and social crisis that affected the entire world. Households were strongly affected by the transformations in the daily dynamics of life and work derived from isolation and other restrictions. In this framework, care went beyond the borders of homes, of the individual, of the private, highlighting the importance of care for the sustainability of life in a broad sense. At the same time, the existing inequalities in the distribution of these tasks (product of the sexual division of labor) and in the ways in which the different social sectors access these care needs (product of the existing social organization of care) were made visible. The article proposes, from the case of care spaces created within the framework of the popular economy and, in particular, the Movement of Excluded Workers, to delve into the characterization of the genesis and development of care spaces and investigate the transformations produced in a pandemic and in a post-pandemic context in the collective work and care strategies that weave and articulate from the sector, and that are expressed in a set of new hierarchies, organic structures and political agendas.

Keywords: care; popular economy; social movements; gender.

1. Introducción

La pandemia del COVID-19 implicó una situación de emergencia sanitaria, pero también una crisis económica y social que afectó al mundo entero. Los hogares se vieron fuertemente atravesados por las transformaciones en las dinámicas cotidianas de vida y trabajo derivadas del aislamiento y otras restricciones. En este marco, los cuidados traspasaron las fronteras de las casas, de lo individual, de lo privado, poniendo de relieve la importancia de los mismos para la sostenibilidad de la vida en un sentido amplio. A la vez, se visibilizaron las desigualdades existentes en la distribución de estas tareas (producto de

la división sexual del trabajo) y en las formas en que los diferentes sectores sociales acceden a esas necesidades de cuidados (producto de la organización social del cuidado existente).

La suspensión de actividades en espacios públicos y la centralidad del hogar para la realización de actividades laborales, sociales y domésticas evidenció las brechas de género y la sobrecarga de las mujeres para conciliar esa multiplicidad de actividades que el mercado fragmenta en la práctica como si se tratara de esferas diferenciadas (lo productivo y lo reproductivo, lo público y lo privado, el trabajo y los cuidados). Al mismo tiempo, ciertas actividades que se declararon esenciales vinculadas a la salud, la asistencia a personas mayores, personas con discapacidad y niños, niñas y adolescentes, o servicios brindados en comedores escolares y comunitarios, entre otras, tienen en común el ser tareas altamente feminizadas en su composición y contar con las remuneraciones más bajas, en los casos en que sean efectivamente remuneradas.

En un trabajo previo (Campana y Rossi Lashayas, 2021), analizamos desde una perspectiva feminista la experiencia de dos espacios de cuidado infantil pertenecientes a la rama textil del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) localizados en la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires (CABA) y Provincia de Buenos Aires, y la transformación de sus prácticas y formas organizativas y las de las familias en contexto de pandemia. Allí nos proponíamos dar cuenta de estas experiencias que buscan pensar los cuidados en clave comunitaria y en el marco de la economía popular. En dicho trabajo destacábamos el rol ampliado que asumían estos centros infantiles en contexto de pandemia, la jerarquía que adquirían las cuidadoras y educadoras populares, a la vez que una tendencia a la re-familiarización de los cuidados en ese contexto de crisis sanitaria. Se trataba de procesos que en ese momento aún estaban ocurriendo y reconfigurando las dinámicas en los territorios, en la organización social y en las familias. Como continuidad con esa línea de investigación, este artículo se propone profundizar en la caracterización de la génesis y desarrollo de espacios de cuidados en el marco de la economía popular y en vínculo con los espacios de producción de mercancías y de trabajo. A la vez, indagar en las transformaciones que la pandemia produjo en diversas dimensiones (rutina de las cooperativas de trabajo, prioridades de los espacios de cuidado, relación entre ramas, rol

de las cuidadoras, prioridades de la organización) de estas estrategias colectivas de trabajo y cuidados que tejen y articulan, y que actualmente se cristalizan o expresan en nuevas jerarquías, estructuras orgánicas y agendas vinculadas a los cuidados en la economía popular. Para esto nos proponemos abordar estos procesos en tres ramas específicas: la rama cartonera, la rama textil y la rama sociocomunitaria en la que se encuentran enmarcados orgánicamente los espacios de cuidados en análisis.

Con este objetivo, el trabajo se organiza en tres apartados. El primero recorre ciertas relaciones conceptuales y antecedentes en búsqueda de conceptualizar la economía popular como actor económico y sujeto político, a la vez que aportar a una noción integrada del trabajo y los cuidados, en tanto actividades que este sector despliega. A partir de los aportes de la economía feminista y los estudios del cuidado proponemos pensar la economía popular como un amplio abanico de actividades y dispositivos de producción y reproducción que se articulan en función de proveer bienestar, disputando el sentido y reconocimiento de sus prácticas como un trabajo y de quienes lo realizan como “trabajadores y trabajadoras de la economía popular”. El segundo apartado profundiza en las características de los espacios de cuidados creados en el marco de la economía popular; en particular, indaga en las características e innovaciones que proponen los Centros Infantiles de Recreación y Aprendizaje (los CIRAs) del MTE en tanto espacios que responden específicamente a las necesidades de las ramas de producción textil y cartonera del movimiento. El tercer apartado del artículo aborda las transformaciones y reconfiguraciones de estas formas colectivas de cuidados a partir de la pandemia, destacando tres procesos (en curso y no acabados) que consideramos especialmente relevantes: i) la nueva jerarquía que adquieren los cuidados en la estructura orgánica del movimiento, por ejemplo, a partir de la mayor estructuración de la rama sociocomunitaria de la organización, pero también de cierto reconocimiento de los cuidados como trabajo y como derecho a ser garantizado); ii) la nueva jerarquía de las cuidadoras y educadoras populares al interior de la organización social (el reconocimiento de su trabajo, las disputas por su remuneración, su propio cuidado); iii) la construcción de una nueva agenda de

demandas de políticas y programas vinculados específicamente con los cuidados en el sector.

Este trabajo forma parte de un diálogo que transitan las autoras a partir de diversas trayectorias que se entrecruzan entre el ámbito académico y de las organizaciones. Por una parte, presenta algunos de los hallazgos de una investigación más amplia en curso¹ centrada en el estudio de las estrategias de cuidados desplegadas desde la economía popular y su relación con las modalidades de organización colectiva, los modos de producción y las diversas formas de intervención estatal. Por otra parte, recupera también las reflexiones acerca de una experiencia concreta de una de las autoras en la coordinación de un CIRA del MTE y su participación en diferentes instancias de organización, debate y formación del movimiento; a la vez, las trayectorias colectivas en espacios de articulación con experiencias gremiales de la economía popular.

El diseño metodológico propuesto es de carácter cualitativo, a partir de la triangulación de i) entrevistas en profundidad realizadas a referentes de diferentes espacios de cuidados de la rama textil y cartonera del MTE, así como también a referentes de la rama sociocomunitaria y de la organización social; ii) observaciones en espacios de cuidados; iii) y el análisis de documentos producidos por la organización, declaraciones de los actores y otras fuentes documentales de carácter público. Algunas de estas entrevistas, observaciones y documentos se situaron en el contexto de pandemia, otras se desarrollaron antes y después de la crisis sanitaria del 2020 y parte del 2021, por lo que fue posible a partir de estas herramientas identificar ciertos procesos, reconfiguraciones y transformaciones que surgen con la pandemia del COVID-19.

2. Hacia una noción ampliada de la economía popular: trabajo y cuidados desde una mirada integrada

¹ Este trabajo retoma hallazgos de la Tesis para la obtención del título de Maestría en Políticas Públicas (FLACSO Argentina) de una de las autoras, y avances de una investigación doctoral en curso que realiza actualmente con financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

La economía popular se ha constituido en un campo en construcción y disputa, tanto en el ámbito académico (en función de diversas propuestas de conceptualización del sector y estimación del universo²), como en el campo político-reivindicativo y también de las políticas públicas. En particular, en este trabajo hacemos referencia al conjunto de trabajadores y trabajadoras por cuenta propia que desarrollan experiencias autogestivas con medios de producción propios, en condiciones precarias y sin derechos laborales básicos (Bertellotti, Fara y Fainstein, 2019). Se trata de un importante sector de la población que se mantiene en los márgenes o “excluida” del mercado de trabajo tanto formal como informal (aunque no por ello “por fuera de” las dinámicas del sistema, sino “excluida” en función de las características del mismo), pero que a la vez forma parte de la población económicamente activa en tanto desarrolla alguna actividad laboral de subsistencia (Cappa y Campana, 2021). Se afirma que la economía popular está conformada por trabajadores “sin patrón” que perciben bajos ingresos y poseen baja capacidad de consumo y acumulación (Chena, 2017), cuyo trabajo se encuentra subvalorado y por tanto se hallan en una situación de desventaja en la jerarquía social (Roig, 2017).

En este mismo sentido, las organizaciones que conforman la Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Economía Popular (UTEPE) la definen como “emprendimientos individuales o colectivos con mínima tecnología, baja productividad, ingresos inadecuados para los trabajadores y condiciones muy malas de labor” (Pérsico y Grabois, 2014: 27) que habilitan “procesos económicos inmersos en la cultura popular, basados en medios de trabajo accesibles y al trabajo desprotegido” (Grabois y Pérsico, 2019: 34). Identifican así como sujeto a quienes se han “inventado su propio trabajo” a partir del desarrollo de estas actividades diversas (cartoneros y recolectores, trabajadores textiles, vendedores en la vía pública, entre otras).

En tanto la economía popular implica formas de vida no transitorias (Roig, 2017), se encuentra atravesada por la desigualdad y vulnerabilidad en su composición (Bertellotti y

² Se han desarrollado diversos trabajos que buscan o bien estimar el universo de la economía popular en base a la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) y otros instrumentos estadísticos (Bertellotti, 2019; OCEPP, 2021; CITRA, 2021) o bien relevar de forma primaria este universo (como es el caso del Registro Nacional de Trabajadores y Trabajadoras de la Economía Popular -ReNaTEP- desarrollado desde 2020 y que continúa en curso).

Cappa, 2021): grupos migrantes, habitantes de barrios populares, en general feminizados, entre otras dimensiones de la desigualdad. En las ciencias sociales, la idea de precariedad es usualmente utilizada para dar cuenta de las condiciones materiales, laborales y económicas en distintas áreas del mundo del trabajo y analizar las estrategias individuales y colectivas para la subsistencia (Fernandez Álvarez, 2018). En el plano de las economías populares, Fernández Álvarez (2016) refiere a la precariedad como una categoría política que permite ilustrar los modos en que el capital penetra en la vida más allá del trabajo, constituyéndose así como una “experiencia ontológica que habilita lenguajes y proyectos políticos” (p. 74). Esta experiencia de precariedad se expresa como condición de vida, pero también como base para la organización colectiva más allá de la órbita del trabajo, una de las dimensiones de las que busca dar cuenta este artículo, en tanto se postula que estas formas organizativas exceden los espacios de trabajo y producción de mercancías a la vez que determinan sus dinámicas y posibilitan (o no) la inserción en los mismos.

Por su parte, la economía popular abarca una heterogeneidad de estrategias que incluyen actividades productivas, prácticas sociales, subjetividades e infraestructuras (Castronovo, 2018). Esta diversidad de estrategias y actividades muestra que no se trata únicamente de la búsqueda de generación de ingresos con un objetivo de subsistencia, ni se limita a la reproducción de la vida en términos de “lo productivo”, sino que la economía popular incluye también (y a su vez) un conjunto de entramados sociales y sociocomunitarios, prácticas políticas y territoriales que asumen la reproducción en un sentido ampliado. Señorans (2020) refiere en este mismo sentido a prácticas que trascienden los espacios laborales y construyen una diversidad de formas colectivas para sostener la vida. De allí la relevancia que proponemos de analizar las formas de cuidados y el trabajo sociocomunitario que se desarrolla en paralelo a las estrategias económicas de producción de mercancías, y que se constituyen también, afirmamos, como formas determinadas de producción (de bienestar, por ejemplo) y generación de valor en la economía popular. Conforme se van organizando las cooperativas y modificando las dinámicas cotidianas de los y las trabajadoras, el modo en que se resuelven las necesidades de cuidados se constituye en una variable de relevancia para comprender las formas de

organización -del trabajo y del conjunto de la vida social- de la economía popular, y también las desigualdades de género en estos procesos.

Como propone Zibecchi (2014), los cuidados -como fenómeno- no pueden ser abordados sin trascender el estudio del acto de cuidar para centrar la mirada en todo un conjunto de fenómenos sociales íntimamente relacionados con dicho acto: las relaciones de género, la economía, la pobreza, las políticas públicas. En este sentido, la idea de “sostenibilidad de la vida” que proponen las economistas feministas (Carrasco y Díaz Corral, 2017) permite pensar en los cuidados más allá de meros objetivos de reproducción, remitiendo tanto al cuidado de las personas como al cuidado del entorno. Los cuidados se definen así en un sentido amplio como un conjunto de actividades que abarcan todo lo necesario para el sostenimiento de la vida (Fisher y Tronto, 1990). Incluyen una dimensión material -un trabajo-, una dimensión económica -un costo, y una psicológica -un vínculo afectivo-emotivo- (Aguirre, *et al.* 2014). Desde esta mirada multidimensional, los cuidados implican una diversidad de tareas y actividades: las que garantizan las precondiciones materiales para que esa provisión de cuidados tenga lugar, los cuidados directos en tanto interacción con otros y otras, y también una diversidad de tareas de gestión mental a través de las cuales, por ejemplo, se planifica y supervisa esos cuidados que se brindan (Pérez Orozco, 2014).

La economía feminista ha realizado importantes aportes para pensar los cuidados desde una perspectiva relacional que vincule no solo la diversidad de actividades que los mismos implican, sino también la multiplicidad de actores que intervienen en su provisión en el marco de la vida cotidiana. El concepto de “organización social del cuidado” resulta central para analizar el modo en que la provisión de cuidados se distribuye (muchas veces con tensiones o de modo conflictivo) entre las familias, el Estado, el mercado, y las organizaciones sociales y comunitarias. En Argentina y América Latina esta provisión se encuentra fuertemente familiarizada (Pautassi y Zibecchi, 2010) a la vez que la oferta pública estatal se presenta como insuficiente frente a la demanda existente (Rodríguez Enríquez y Marzonetto, 2015). A la vez, esta desigual organización social del cuidado se ubica en contextos económicos y sociales particulares (Esquivel, 2012) en los que el acceso

a servicios, bienes e infraestructuras necesarias se vincula de modo directo con la posición en la jerarquía social y con las condiciones de vida. De este modo, existen sectores sociales que pueden acceder a los cuidados necesarios “comprándolos” a través del mercado, mientras otros no pueden hacerlo. En estos últimos casos, que caracterizan en mayor medida a las familias de la economía popular, las necesidades de cuidados implican en la práctica otras modalidades y arreglos de tipo familiar o comunitario.

Como veremos al analizar aquello que motiva la génesis de nuevos espacios de cuidados en el marco de organizaciones sociales de la economía popular como el MTE, la familiarización de los cuidados en estos sectores se constituye como un nudo crítico que profundiza las desigualdades existentes. Por ejemplo, cuando las mujeres no logran insertarse en actividades laborales en tanto deben garantizar las responsabilidades de cuidados en los hogares, lo cual reduce la posibilidad de obtención de ingresos de las familias; o cuando los niños y niñas asisten a los espacios de trabajo de los adultos, o bien permanecen solos en las casas de modo que los adultos puedan realizar actividades laborales, lo que impacta en sus derechos en situaciones de pobreza infantil, entre otros tantos casos que podrían mencionarse. De allí la relevancia que tiene para el sector la provisión de cuidados desde espacios colectivos y comunitarios, y la importancia que tiene el análisis de estos espacios del ámbito comunitario por su potencialidad para ser recuperados y replicados en el marco de políticas públicas que amplíen la provisión estatal en estos contextos de precariedad. Asimismo, en tanto la economía popular es una economía mayormente feminizada (ReNaTEP, 2022) en la que las mujeres adquieren protagonismo en aquellas actividades vinculadas a los cuidados, no solo en el trabajo doméstico -remunerado y no remunerado- sino también en la multiplicidad de espacios sociocomunitarios existentes en los territorios (merenderos, comedores, ollas populares, centros de cuidado infantil, entre otros), el análisis de este trabajo sociocomunitario y de cuidados resulta central en el marco de los estudios sobre la economía popular, visibilizando desde una perspectiva de género las actividades que estas mujeres despliegan, a la vez que las políticas y recursos que demandan.

3. Espacios de cuidados en la economía popular: el caso de los “CIRA”

El MTE como organización surge en el contexto de la crisis de inicios del siglo XXI, más precisamente en el año 2002, en vinculación con las demandas de los cartoneros y con el objetivo de defender el derecho al trabajo de estos sectores excluidos. Luego, a partir del desarrollo de una diversidad de actividades y trabajos se han organizado en lo que denominan “ramas”: cartoneros y cartoneras, textil, sociocomunitaria, construcción, vía pública, rural, educación y formación, juventud, mujeres, salud, liberados y liberadas.

El desarrollo de las diferentes ramas de trabajo, producción y comercialización de mercancías ha implicado procesos de formalización en la economía popular, a partir de la conformación de cooperativas, la delimitación del espacio de trabajo con reglas y dinámicas previamente definidas, entre otras cuestiones que diferencian en mayor medida las formas de trabajo de la economía popular organizada (con estrategias colectivas) de la dispersa (en mayor medida individual o cuentapropista). Estos procesos de formalización del trabajo han generado transformaciones en la vida cotidiana de las familias del sector a partir de la progresiva separación de los espacios de producción de mercancías y de trabajo respecto del ámbito reproductivo y de los hogares, generando respuestas específicas por parte de la organización y de los trabajadores y trabajadoras. Estas transformaciones en las formas de trabajo han sido, como veremos a continuación, el motivo fundante de los espacios de cuidados denominados Centros Infantiles de Recreación y Aprendizaje (CIRA).

La “guardería cartonera” de Villa Fiorito (partido de Lomas de Zamora, Provincia de Buenos Aires) fue la primera experiencia del MTE de creación de un espacio de cuidados infantiles. La “guardería”, como le llamaron en los inicios, nace en relación directa con las necesidades de la rama cartonera. En tanto las familias trabajaban en un horario nocturno (de 5 de la tarde a 12 de la noche aproximadamente), era una realidad cotidiana que los niños y niñas “salieran con el carro” junto con sus madres y padres. En otros casos, los hijos e hijas “más grandes” se quedaban en las casas cuidando a los más pequeños, sin la presencia de los adultos en los hogares. Estas estrategias cotidianas permitían que todos los adultos de las familias pudieran salir a trabajar, pero formaban parte de situaciones extremas o no deseables, derivadas de una ausencia de oferta pública estatal que brindara

cobertura en el horario de trabajo de las rutas de recolección, y la imposibilidad socioeconómica de estas familias de comprar cuidados en el mercado.

Con la creciente organización de la rama y la conformación de la cooperativa “El Amanecer de los Cartoneros”, hoy una de las más importantes del sector, comienza un proceso de disputas con el Estado que tiene un hito en el año 2008, cuando se crea un programa de Gestión Integral de los Residuos Sólidos Urbanos (GIRSU) en articulación con el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Este programa se constituyó en el inicio de un proceso de formalización de los recicladores y recicladoras y de mejora en sus condiciones de trabajo a partir de la provisión de camiones y micros para el traslado y organización del trabajo, de uniformes y ciertas herramientas. A la vez, y principalmente, a partir de la mejora de los ingresos de estos cartoneros y cartoneras con el pago de una retribución mensual que complementaba los ingresos provenientes de la venta en el mercado del material recolectado (Bertellotti y Cappa, 2021).

Fue a partir de estos importantes procesos organizativos, de sus conquistas y de las transformaciones en los modos de trabajo de la rama, que las familias cartoneras (y principalmente las mujeres) comienzan a incorporar la necesidad de cuidados infantiles como demanda. En el año 2009, con cierta sincronía temporal con la creación del GIRSU, nace “El amanecer de los pibes” - la “guardería cartonera”-, el primer espacio de cuidados infantiles del MTE y de la rama cartonera. Así lo relata una de las compañeras que formó parte de ese proyecto en los inicios:

Este [El Amanecer de los Pibes] es el primer espacio sociocomunitario de la organización. Nació de la necesidad de las familias pero sobre todo de las mujeres de la economía popular que se tenían que ir a trabajar en un horario de 5 a 12 de la noche. Hoy en día la rama cartonera está más estructurada y tiene predios, tiene horarios, tiene diferentes turnos. Pero hace 13 años... la rama cartonera el horario de salir a trabajar en Fiorito y Caraza que fue el lugar donde fue como el boom cartonero, salen a las 5 de la tarde. Esas familias salían y se llevaban a sus hijos y a sus hijas a trabajar, o sino los hermanitos grandes se quedaban al cuidado de los más pequeños y era muy peligroso. Entonces era muy común ver a familias que iban con todos sus hijos o hermanitos que cuidaban a sus hermanos más pequeños acá (...) Con cartoneros arrancó todo. Hoy el MTE es gigante pero la rama cartonera sabe mucho de lucha y sobre todo las mujeres (...) En ese momento iba a haber un espacio de cuidados o

guardería como dicen ellos por cada Centro Verde. Eso nunca sucedió, pero bueno sucedió esto en 2009.

Por su parte, el CIRA de Mataderos (Comuna 9, en la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires) fue pionero en los espacios de cuidados en la rama textil del movimiento. La rama textil nace en el año 2015 como propuesta y respuesta organizativa frente a las diversas formas de precariedad de trabajo y vida propias del sector, caracterizado por una población mayormente migrante que trabajaba en talleres familiares no habilitados (los denominados talleres ilegales o clandestinos) en los que la actividad se llevaba a cabo en condiciones profundamente insalubres, en espacios muchas veces coincidentes con el lugar de la vivienda. Las conexiones eléctricas precarias y la falta de habitabilidad de dichos talleres fueron algunas de las causas de dos incendios que, sin ser excepcionales respecto de las formas de trabajo habituales, sí lo fueron en términos de la notoriedad pública que asumieron. Se trató de la “tragedia de Luis Viale” en el año 2006, y de otro incendio en el año 2015, en los que murieron niños, niñas y jóvenes.

En el caso de la rama textil, los procesos de formalización del trabajo se dieron a partir de la creación de “Centros Productivos de Indumentaria e Integración Comunitaria” (denominados habitualmente “polos textiles”) por parte de los trabajadores y trabajadoras organizados en cooperativas en el marco del MTE. Los polos textiles implicaban la posibilidad de contar con una infraestructura más adecuada para la producción, con condiciones de mayor seguridad e higiene laboral. A la vez, en tanto alternativa al trabajo en talleres familiares ubicados en las viviendas, los polos textiles implicaban una transformación de las dinámicas de las familias. Al separar el espacio de la vivienda del espacio de trabajo (la consigna de la rama desde el inicio fue “la casa para vivir, el polo para trabajar”), también separaban en la práctica las actividades de cuidados de las actividades de producción de mercancías, que antes se realizaban (literalmente) al mismo tiempo. Esto genera una necesidad de cuidados específica de la rama textil, en tanto para las familias, y principalmente para las mujeres, no era posible participar de esa formalización del trabajo en los centros de producción sin resolver las responsabilidades de cuidados en los hogares. A la vez, en función del déficit de vacantes en la oferta pública estatal para las edades de 45 días hasta los 4 años, y de la baja cobertura de escolaridad doble turno (fundamental en

tanto una característica del sector textil se vincula con extensas jornadas de trabajo), además de por los bajos ingresos que imposibilitan pagar por estos cuidados acudiendo a la oferta privada en el mercado. El siguiente fragmento de un documento elaborado por la organización muestra el modo en que comienza a definirse esta problemática:

Muchas de las familias que forman parte de este proyecto de creación de los Centros de Producción, atraviesan actualmente por un cambio profundo en sus vidas. Cambiar su lugar de trabajo genera un reacomodamiento general de todos los quehaceres cotidianos. Familias que estaban acostumbradas a trabajar en el hogar más de 12 horas diarias, combinando tareas domésticas con tareas laborales, ahora deben reorganizar la dinámica de los quehaceres domésticos, puesto que han pasado de trabajar en el hogar, a un lugar situado fuera de sus casas (...) Una de las cuestiones centrales, pasa por el cuidado de los menores a su cargo. Los menores en edad escolar, así como los bebés de hasta 5 años, que coexistían con los padres en su hogar mientras los mismos trabajaban, no tienen espacio en los nuevos Centros de Producción (Documento MTE/CTEP, "Informe preliminar de los Centros de Unidades Productivas de Producción Popular e Integración Comunitaria")

A partir de estas dificultades organizativas de los polos textiles es que desde el MTE comienza a movilizarse la demanda de un espacio de cuidados específico para los hijos e hijas de los trabajadores y trabajadoras de la rama. En el año 2017 abre sus puertas el Centro Infantil de Recreación y Aprendizaje (CIRA Mataderos).

Estas dos experiencias (la primera de cada una de las ramas respectivas) muestran la vinculación directa de estos espacios de cuidados con las ramas de trabajo y producción de mercancías. Se trata de historias con características propias que las diferencian en función de las necesidades específicas y las modalidades de trabajo de las familias en las ramas, pero con un hilo conductor en tanto respuesta colectiva a las necesidades de cuidados emergentes de los procesos de formalización del trabajo en la economía popular. Actualmente el MTE cuenta con un total de 13 espacios de cuidados para infancias y adolescencias, ubicados en mayor medida en el Área Metropolitana de Buenos Aires, y vinculados a las ramas de trabajo, principalmente textil y cartonera. Se los denomina, al igual que la primera experiencia de la rama textil, como Centros Infantiles de Recreación y Aprendizaje (CIRAs), en tanto se proponen discutir con la idea inicial de "guardería", es decir, de los niños y niñas como aquello que "se guarda" y de la concepción de estos

espacios como propuestas centradas en las necesidades del adulto cuidador. Se conciben como lugares con la infraestructura, el personal y la propuesta pedagógica acordes al objetivo de ser un espacio de crecimiento, de aprendizaje, desde el cual poder atender integralmente al desarrollo pleno de la niñez, donde los niños y niñas puedan habitar y gozar de derechos mientras sus familias se encuentran trabajando. Así lo describe la actual coordinadora de un CIRA e integrante de la Mesa de Niñez del Movimiento:

Siempre le dicen la guardería y hoy en día le siguen llamando a veces la guardería. Yo creo que con el paso del tiempo y con todo el laburo que se hizo, nos ponemos a enumerar todas las tareas que se hacen como cuidados, contención, proyectos, un montón de cosas. Y cuando mirás todo eso vos decís: “no es una guardería”. Los pibes no son cosas que se guardan, no es la mirada hacia ellos de objeto que se guarda, ni de pobrecito, no es una mirada de pobrecito, es un pibe que tiene derechos, de estar en un espacio, cuidado, contenido.

A su vez, dentro de esta concepción general de los espacios, cada CIRA adquiere un funcionamiento específico de acuerdo a las necesidades de la rama de trabajo y del contexto en que se inserta (por ejemplo: trabajo por la noche, o en jornadas extensas como es el caso de la producción textil). “El Amanecer de los Pibes” funciona de 5 de la tarde a 10 y media de la noche, luego de lo cual trasladan en micros a los niños y niñas a un punto de encuentro con las familias que vuelven de las “rutas” de recolección, y reciben hijos e hijas de cartoneros y cartoneras de entre 45 días y 15 años de edad. El CIRA Mataderos, por su parte, en relación con las necesidades de los polos textiles, recibe a los hijos e hijas de las familias entre los 45 días hasta los 12 años, de 8 de la mañana a 5 de la tarde, feriados inclusive (quienes se encuentran en edad de escolarización obligatoria asisten en el contraturno de la jornada escolar).

Organizativamente, estos espacios de cuidado se encuentran insertos en la rama sociocomunitaria del MTE, una rama que nuclea la multiplicidad de comedores, merenderos, centros de cuidado, entre otros, y que es conducida y desplegada cotidianamente casi en su totalidad por mujeres, que realizan estas tareas a veces de forma remunerada y otras sin remuneración. La génesis de la rama sociocomunitaria representa, como veremos luego, la consolidación de un proceso de reconocimiento y jerarquización de las tareas (los trabajos) de reproducción ampliada que llevan adelante estas trabajadoras

de la economía popular. Dadas las condiciones de precariedad, las formas colectivas de resolución de las tareas de cuidado son muchas veces el único modo de lograr satisfacer las necesidades existentes.

La génesis y desarrollo de los CIRA ha generado impactos relevantes en las condiciones de vida y trabajo de las familias de la economía popular. Han permitido a los adultos, y fundamentalmente a las mujeres que son las principales responsables de los cuidados en los hogares, insertarse en actividades laborales. Esto ha posibilitado ampliar los ingresos de las familias, no solo porque en muchos hogares los CIRA permitieron que las mujeres trabajen, sino también porque posibilitaron avanzar en procesos de formalización del trabajo que en sí mismos implican mejoras en las condiciones del mismo, en los ingresos y en el acceso a derechos. Además, en función de esta transformación en las posibilidades de inserción laboral de las mujeres, han contribuido a modificar ciertas brechas de género vinculadas a esa división sexual del trabajo existente. Por otra parte, los CIRA han tenido el rol central de ser espacios que buscan garantizar infancias plenas, dignas y con derechos, evitando situaciones de trabajo infantil, a la vez que múltiples formas de violencias.

Por último, cabe mencionar que los CIRA del MTE han generado nuevos trabajos para las familias de la economía popular: nuevos trabajos vinculados al cuidado y a la educación popular en estos espacios. En este sentido, se destaca un rol ampliado de esos trabajos que se desarrollan en los CIRA, en tanto incluyen no solo los cuidados directos a los hijos e hijas de las trabajadoras y trabajadores de las ramas, sino también el cuidado de las familias y, en última instancia, el cuidado de la comunidad de la economía popular y del movimiento. Estos cuidados ampliados incluyen alimentación, acompañamiento escolar, recreación y propuestas socioeducativas para las infancias; e implican también el abordaje de problemáticas específicas tanto de los niños y niñas como de sus familias: desnutrición, problemas de aprendizaje, situaciones de abuso, violencias intrafamiliares, consumos problemáticos de drogas, violencia de género. El trabajo en los CIRA implica asimismo una articulación constante con el Estado en sus diferentes niveles, vinculándose (o vinculando a las familias) con diversas políticas, programas e instituciones para el acceso a derechos, para la realización de trámites, para la gestión de asignaciones y subsidios, para la

realización de denuncias, para la solicitud de becas y vacantes. El relato de una ex-coordinadora de un CIRA refleja esta provisión ampliada de cuidados donde los vínculos con instituciones y programas estatales se torna también fundamental:

Yo no sé si exceda a la tarea de cuidado. Creo que en nuestro caso la incluye, que es parte de nuestra tarea del cuidado. En cierto sentido como extender nuestras tareas de cuidado hacia la comunidad o hacia las familias en el sentido de que esto, muchas veces somos puentes con las escuelas, puentes con el CESAC, puente con ANSES. Tenemos un equipo técnico que tiene una psicóloga, una psicopedagoga, y una trabajadora social, y desde ese espacio hemos tramitado subsidios habitacionales, DNI, AUH, como que son todas cuestiones que quizás no responden a la idea clásica de cuidar, pero que para nosotras siempre fueron parte de nuestra tarea más cotidiana y por eso te digo que en un punto generamos más vínculos con las madres, que son en general las que realizan esas tareas. Entonces también somos un espacio que bueno, recibimos muchos casos de violencia de género, también a veces somos como la primera escucha de muchas madres, y también aprendimos a acompañar esas situaciones desde este espacio y para nosotras son desde este espacio totalmente parte de nuestra tarea digamos, no es algo que hacemos extraordinariamente, sino más bien que es, bueno, todos los emergentes que aparecen en el contacto con la comunidad. Por eso antes te decía, bueno nosotros queremos que este sea un espacio que ponga a les niños en el centro, también queremos que cumpla un rol para las familias.

Los CIRA exceden así por mucho los cuidados directos para ocupar un rol vinculado mayormente con la sostenibilidad de la vida de las familias de la economía popular, garantizando los cuidados de las infancias, cuidando a la comunidad y las familias, y complementando (y posibilitando) los procesos de formalización del trabajo y la mejora de las condiciones de vida y de acceso a derechos fundamentales.

4. El trabajo y los cuidados en contexto de pandemia

El Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO) establecido el 20 de marzo de 2020 modificó fuertemente las dinámicas domésticas y comunitarias en las tareas de cuidados. La sobrecarga de tareas en los hogares en el universo de la economía popular se ve atravesada por factores de desigualdad social anteriores a la pandemia del COVID-19. El aislamiento social se vuelve complejo en territorios con déficit habitacional, el acceso virtual a bienes y servicios se ve dificultado por la falta de conectividad y bancarización de esta

población y los ingresos se ven afectados para quienes dependen de actividades productivas diarias (Rodríguez Enríquez, Alonso y Marzonetto, 2020). En este sentido, las necesidades del contexto de pandemia modificaron las prioridades de los equipos de trabajo de los CIRA: ya no se centraba en la propuesta pedagógica y recreativa sino en extender las tareas de cuidados a las familias. La falta de presencialidad cotidiana en el espacio plantea la pregunta de cómo sostener e intensificar el lazo social y la función comunitaria de estos espacios en un contexto de aislamiento.

La asistencia alimentaria cobró una nueva centralidad ya que la situación de pandemia afectó directamente los ingresos económicos de las familias, y la entrega de bolsones y viandas se convirtió en el momento de encuentro principal de la comunidad. Los espacios comunitarios de provisión de cuidados se consolidaron como actores no estatales a cargo de políticas públicas (Jones y Cunial, 2018). Las organizaciones asumieron a su cargo un abanico diverso de necesidades vinculadas al ámbito educativo (a través de acompañamientos virtuales y puesta a disposición de materiales), difundieron información oficial en cada uno de los momentos de la pandemia, gestionaron turnos médicos y realizaron acompañamientos vinculados a la salud, multiplicaron las iniciativas de asistencia alimentaria, acompañaron a mujeres en situaciones de violencia de género, entre tantas otras iniciativas (Campana, 2022). En relación con este aspecto, recuperamos las palabras de la entonces coordinadora de un CIRA de la rama textil sobre el trabajo realizado durante el año 2020:

Repartimos alimentos, e hicimos un seguimiento de todo, de cómo venían con las escuelas, con las tareas. Hubo un momento en que todes tenían una cantidad de tareas ridícula para hacer y venían acá e imprimían e imprimían las tareas porque tenían la posibilidad de hacerlo gratuitamente, y para quien no lo podía hacer era un fangote de guita en fotocopias, entonces también fue bastante necesario. Después hicimos seguimientos, acompañamientos, mucha gestión de trámites, cuestiones que al principio estaban muy suspendidas y que después se fueron reactivando de a poco y no había tampoco tanta claridad, no se... trámites de DNI, Asignación, todas las consultas con ANSES, los vínculos con el CESAC, todas esas cosas las veníamos sosteniendo.

Los equipos técnicos de los CIRA -cotidianamente abocados a cuestiones pedagógicas y de articulación institucional- se volcaron así a la contención familiar y a la escucha de una

amplia diversidad de problemáticas derivadas del aislamiento: situaciones de violencia de género, afecciones en la salud mental, problemáticas familiares, miedos derivados del contexto sanitario. A la vez, la falta de conectividad y dispositivos electrónicos en los hogares dificultó la realización de las tareas y desde los espacios se implementaron estrategias -grupos de *whatsapp*, atención en días y horarios específicos, realización de cuadernillos de actividades, impresión de material enviado por las escuelas- para facilitar y complementar la labor educativa llevada a cabo por los establecimientos.

En la actualidad, el funcionamiento de los CIRA se estructura en base a sus objetivos iniciales. Sin embargo, la dinámica adquirida durante la pandemia imprimió una serie de modificaciones que impactaron en la estructura organizativa del movimiento, en el lugar de los cuidados en el mismo, y en las reflexiones en torno a dicha provisión. A continuación analizaremos tres dimensiones de estas transformaciones que consideramos de particular relevancia en tanto procesos que surgen o se refuerzan a partir del contexto de crisis sanitaria pero que aún se encuentran en curso: i) una nueva jerarquía de los cuidados, dada a través de la consolidación de la rama sociocomunitaria; ii) una nueva jerarquización del trabajo de las cuidadoras; y iii) una nueva agenda de demandas vinculada con los cuidados en la economía popular, las condiciones en que los mismos se desarrollan, y su reconocimiento como un trabajo que debe ser remunerado.

4.1 Una nueva jerarquía de los cuidados: la estructuración de la rama sociocomunitaria

Los factores que determinaron el crecimiento de esta rama de actividad en el marco de una organización de la economía popular como el MTE se asocian fundamentalmente a la coyuntura política y económica de la última década. Si bien se reconoce como momento de origen de la trayectoria de la rama el año 2009 con la apertura del primer espacio de cuidados infantiles vinculado a la rama cartonera, en el posterior crecimiento de la rama se identifican dos momentos fundamentales: i) primero, durante el gobierno de la Alianza Cambiemos, cuando los comedores y merenderos se multiplicaron exponencialmente como una respuesta colectiva al aumento del desempleo, la pobreza y el hambre; ii) luego, con la pandemia, en función de las dificultades de amplios sectores de la población para sostener

los ingresos y garantizar el sustento en contexto de restricciones sanitarias y con la caída de la actividad económica y la producción. Estos dos hitos pusieron de relieve la importancia de las tareas de cuidados (especialmente las relacionadas con lo alimentario) para la reproducción cotidiana de la organización y materializaron la necesidad de orientar recursos y militancia en ese sentido. Así reconstruye este recorrido una compañera referente de la rama sociocomunitaria de la organización:

La rama sociocomunitaria del MTE surge un poco con la rama cartonera (...) Es la primera experiencia de la rama sociocomunitaria del MTE (...) Después el primer crecimiento de la rama está un poco acompañado del crecimiento de un trabajo más focalizado en AMBA y después fue creciendo más a nivel nacional, incorporando otras experiencias o desarrollando el movimiento en lugares donde no había. Y en ese incorporar otras experiencias aparecieron como muchos trabajos vinculados con la rama sociocomunitaria, pero la realidad es que sinceramente nunca se priorizó dentro del MTE en ese momento, siempre era algo más secundario. Era algo como que respondía a una necesidad de otra rama (...) Después pasó algo que fue el segundo momento de mucho crecimiento de la rama que fue la pandemia. O sea, fue primero el macrismo y los últimos años, y la apertura de ollas y merenderos comunitarios a lo largo y ancho del país por la necesidad, por una crisis alimentaria muy fuerte (...) Ahí hubo un crecimiento exponencial, había, no sé, no más de 20 comedores del movimiento porque nunca fue una línea trabajarlos o abrirlos, como sí en otras organizaciones, y entre el macrismo y la pandemia hoy hay más de 700 espacios. Fue un crecimiento exponencial, muy desordenado, muy al calor de la necesidad.

Además de la multiplicación de comedores y merenderos, otro factor que fue decisivo a la hora de pensar en la estructuración de las tareas sociocomunitarias como una rama al interior del movimiento fue la expansión de los dispositivos destinados al cuidado de los hijos e hijas de los trabajadores de la organización. Conforme la política de apertura de los CIRA para hijos e hijas de los trabajadores y trabajadoras de las ramas de producción de mercancías del movimiento se iba expandiendo, el número de compañeros y compañeras (principalmente mujeres) insertas en estas tareas fue creciendo hasta contar con una base de la organización totalmente inmersa en el trabajo de cuidados y la niñez. Esto permitió que el movimiento comience a construir una mirada situada desde la economía popular del cuidado y las infancias y adolescencias. A la vez, la existencia de estos

espacios de cuidados hacía necesaria la unificación de criterios de funcionamiento y miradas sobre la niñez y el cuidado.

La pandemia resulta un momento bisagra en ese sentido. La modificación de las tareas cotidianas y la necesidad de buscar respuestas novedosas en un contexto de incertidumbre motivaron reuniones entre las coordinadoras de los Centros Infantiles que necesitaban encontrarse con compañeras que estuvieran atravesando por situaciones similares. A partir de estos encuentros se evidenciaba que, a pesar de las diferencias entre ramas y de la localización geográfica, los problemas que atravesaban los CIRA eran similares y la posibilidad de buscar respuestas colectivas aliviaba la carga mental del contexto. Fue a partir de allí que comenzó un proceso de (re)organización de la rama luego de estos dos grandes momentos de crecimiento, tal como relata esta referente:

Y recién hará cuestión de 2 años se empezó como a intentar reestructurar, reordenar eso... bueno, de repente pasó a ser una rama muy masiva incluso dentro de la organización, que eso era algo que antes no pasaba, hay muchísimos trabajadores y trabajadoras organizados porque hay más de 700 unidades productivas de trabajo sociocomunitario. Entonces hubo que empezar a ordenar eso, darle su peso, empezar a pensar en términos de conquistas gremiales, ver qué necesidades tenía la rama. Se empezó a organizar también en subramas (...) una en particular de centros infantiles y de niñez porque tiene su particularidad de una estructura distinta a la de un espacio de comedor o merendero.

Esta consolidación de la rama sociocomunitaria como un sector específico de actividad en el marco del MTE, con un peso propio relevante, refleja un proceso de reconocimiento y jerarquización de las tareas de cuidados ampliados que llevan adelante estas trabajadoras de la economía popular. Si bien la existencia de la rama sociocomunitaria antecede el comienzo de la pandemia, son las acciones de cuidados colectivos desplegadas durante esta etapa las que imponen la necesidad de dotar de mayor estructura y organización a la rama, que hasta ese momento continuaba pensándose muchas veces como complementaria o subsidiaria de los espacios “productivos”. Este reordenamiento permitió la construcción de referencias públicas, la asunción de nuevas responsabilidades por parte de compañeras y la generación de espacios de encuentro que discutan las necesidades de los espacios sociocomunitarios como espacios específicos con

características propias que los diferencian de los espacios de trabajo vinculados con otras ramas de producción de mercancías.

El despliegue de estas tareas sociocomunitarias resulta nodal para la reproducción de las familias del sector, para el fortalecimiento cotidiano de las estrategias colectivas en el ámbito del trabajo y en el plano de lo reivindicativo, y también para la mejora de las condiciones de vida de esta población. En ese sentido, resulta relevante la referencia a estos espacios como “unidades productivas” de trabajo sociocomunitario.

Al no ser actividades ligadas directamente a la órbita de producción de mercancías de la economía popular, reúne en su interior una diversidad de tareas que vuelven a la rama más heterogénea que otras, incluyendo: comedores y merenderos, espacios de cuidado, medios de comunicación comunitarios, espacios culturales, servicios y promoción de la salud, prevención de las violencias de género, espacios socioeducativos, clubes deportivos, entre otros. Son algunos de los espacios donde se desarrolla el trabajo sociocomunitario en la economía popular. Estas estrategias de cuidado se basan en la organización colectiva para la mejora y transformación de las condiciones de vida, y no se reducen a meras estrategias de supervivencia:

En esta estructuración [de la rama sociocomunitaria y sus sub-ramas] empezamos a hacer convivir esto de dar respuesta a una demanda con el parar la pelota y empezar a proyectar más allá de la respuesta alimentaria y fortalecer algunas experiencias (...)

En la actualidad, y retomando esa experiencia, existe una mesa de Centros Infantiles que se reúne periódicamente para dar continuidad a la articulación entre espacios. Al mismo tiempo, desde esa mesa se aporta a la estructuración de la rama sociocomunitaria dando apoyo técnico a los espacios que cuentan con menor trayectoria, infraestructura o financiamiento. A la vez, esta instancia de coordinación habilita la construcción de objetivos específicos, proyecciones, y también de demandas.

4.2 Una nueva jerarquía de las cuidadoras: reconocimiento, remuneración y autocuidado

Desde el comienzo de la pandemia, la re-jerarquización de las tareas asumidas por los movimientos sociales ubicó las acciones destinadas al cuidado de la población como una prioridad y a las cuidadoras como trabajadoras esenciales. En particular, los brotes de

COVID-19 en las villas 31 y 1.11.14 de la Ciudad de Buenos Aires evidenciaron las condiciones de vida en barrios populares y el rol de las organizaciones sociales en las tareas de cuidado comunitarias. Las muertes de Ramona Medina, referenta de la villa 31 y Betty Quispe en la 1.11.14 causaron un gran impacto en las organizaciones sociales, que se movilizaron por el reconocimiento salarial de las tareas de cuidados, presentando proyectos de reconocimiento simbólico y económico en la Cámara de Diputados y en la Legislatura Porteña.

La construcción de legitimidad y eficiencia en la capacidad de proveer respuestas a las comunidades tiene a las mujeres como protagonistas. Las tareas de reproducción social de la vida ocupan un rol central en la economía popular a la hora de pensar las estrategias de conquista de derechos y el acceso a bienes y servicios que produzcan bienestar para sus miembros. Sin embargo, en la estructuración de las organizaciones (también en las de la economía popular) encontramos frecuentemente un “clivaje de género” (Espinosa, 2011), es decir, una participación mayoritaria de las mujeres en las actividades que no se traduce necesariamente en una representación directa en otras instancias. La socióloga inglesa Beverley Skeggs (2019) en su estudio con mujeres de clase trabajadora en Inglaterra en los años ‘80 se refiere a la construcción de una disposición al cuidado a través del aprendizaje de una serie de técnicas socialmente valoradas para ejercer esta tarea. La autora hace énfasis en que las personas cuidadoras deben enfatizar rasgos de su personalidad que transmiten responsabilidad y confianza. En los sectores populares, estos mecanismos son los que confieren respetabilidad y permiten a las mujeres validar sus conocimientos y ubicarse en el contexto público desde un rol de autoridad. En los CIRA, esta respetabilidad está dada, por ejemplo, a través del reconocimiento del saber de las compañeras de la economía popular en materia de cuidados. La conformación de los equipos de trabajo de los espacios de cuidado infantil busca en este sentido la jerarquización de este saber específico:

En estos espacios se reivindica mucho a las compañeras del sector. Tenemos compañeras que empezaron siendo cartoneras y hoy son cuidadoras. Una compañera cartonera y una compañera que tenga estudios y se pueda recibir. Esa fusión está buenísima porque a veces las compañeras saben cosas que nosotras no las vemos. Porque son del

barrio, porque están en la misma y a veces nosotras tenemos una mirada y la verdad que muchas veces le erramos. Ellas te ponen en órbita. Son el termómetro (Coordinadora de un CIRA).

Además de la conformación del equipo privilegiando la incorporación de trabajadoras de la economía popular, la construcción de la identidad como “educadoras populares” aparece como fundamental para ubicar las distintas funciones como parte de un todo dentro de una amplia red de cuidados. Esto favorece que las trabajadoras puedan identificarse como tales, desandar la idea de que es una labor que se realiza por amor o vocación y articular una agenda de demandas en relación con su trabajo.

Es toda una tarea de nosotras como trabajadoras, de vernos como nosotras, lo que hacemos es un trabajo, no es que lo hacemos de corazón. Te sale del corazón, lo hacés amorosamente, pero es tu trabajo. Tenés que verte vos como una trabajadora, pero cuesta. (Coordinadora de un CIRA)

Esta noción del cuidado como un trabajo en el marco de una organización social de la economía popular habilita nuevos pisos de politización entre sus integrantes y la discusión sobre las condiciones en las que se realiza dicho trabajo. En este sentido, cuando hablamos de una nueva jerarquía de las cuidadoras nos referimos no solo a la visibilización de sus tareas como un trabajo, sino como un trabajo que debe ser remunerado, a la vez que al modo en que esto se sostiene y se prioriza en la propia organización:

Desde la rama sociocomunitaria hace un tiempo la prioridad es que las compañeras que están en cuidados tengan doble salario³. Hace un tiempo que la prioridad son las trabajadoras de cuidados, todas las trabajadoras del cuidado tienen que tener doble salario. Se pudo hacer un gran avance en un montón de espacios con eso. Pero bueno nunca es suficiente. Como las tareas de cuidados siempre son relegadas al corazón, al amor... ¡Somos trabajadoras! (Coordinadora de un CIRA y referente de la mesa de niñez)

Interesa destacar también que el contexto de pandemia habilitó importantes procesos de reflexión en los CIRA y en la rama sociocomunitaria sobre sus propias prácticas

³ Hace referencia al Salario Social Complementario. Es un complemento salarial destinado a trabajadores y trabajadoras de la economía popular que se cobra en el marco del Programa Potenciar Trabajo, equivalente a la mitad de un salario mínimo, vital y móvil. La existencia de trabajadoras de la economía popular que cobran únicamente el Salario Social Complementario como ingreso es una de las características de la rama sociocomunitaria, en la que la propia actividad no genera un bien que se comercialice en el mercado y por cuya venta se generen ingresos adicionales, como sí es el caso de la actividad textil o cartonera, por ejemplo. Así, muchas trabajadoras de los CIRA tienen el Salario Social Complementario como ingreso único.

y sobre los cuidados que allí se proveen. El cuidado de quienes cuidan -de las educadoras populares principalmente- emerge como una cuestión central sobre la que se proponen generar transformaciones a partir de dicho contexto. Esta creciente problematización por el “cuidado de quienes cuidan”, característica también de esta nueva jerarquía de las cuidadoras, se refleja en el testimonio de la entonces coordinadora de uno de los CIRA:

O sea, nosotres antes de la pandemia tocamos absolutamente el techo [en relación a no poder abrir más inscripciones por estar al límite de la capacidad de funcionamiento], lo cual también es como un tema a resolver con una demanda física y mental muy grande para les educadores que la verdad que la pensamos ahora a la distancia y no lo podemos creer y sí sabemos que no queremos volver a ese tipo de organización o a ese tipo de desgaste tan grande para quienes ponen el cuerpo frente al salón todo el día. De hecho, la jornada laboral de ocho horas, las ocho horas con niños es muy demandante, el cuidado de quienes cuidan en el CIRA para ser sincera no siempre está en el centro de las preocupaciones. Me parece que antes de la pandemia, estábamos en un piloto automático que no nos permitía darnos cuenta del desgaste y de la carga mental que tenían las compañeras y compañeros (...) Pero bueno son todas cosas también para reflexionar un poco en el futuro.

Una de las respuestas que encontraron las trabajadoras fue la creación de espacios mensuales de reflexión colectiva y puesta en común de los principales problemas a los que se enfrentan a la hora de desarrollar su labor cotidiana. Al mismo tiempo, se busca que estas instancias tengan momentos de disfrute que fortalezcan los vínculos de trabajo y compañerismo, a la vez que buscan respuestas colectivas que mejoren, también, las condiciones de trabajo de las cuidadoras y educadoras populares⁴.

4.3 Una nueva agenda de demandas

A partir del contexto de pandemia, los cuidados asumen nuevos rasgos públicos y políticos. Tanto por la visibilización de estas estrategias de las organizaciones y del trabajo que allí se realiza, como por este proceso de consolidación de la rama sociocomunitaria y de las instancias de articulación vinculadas a los CIRA como estrategia de cuidados, se

⁴ Este problema no es exclusivo de la rama sociocomunitaria sino que se extiende en todas las áreas donde se ejercen cuidados de algún tipo. En Vientos de Libertad, la rama destinada al tratamiento de consumos problemáticos, la problemática aparece desde el rol de los coordinadores y referentes de los espacios. En ese caso, se resuelve garantizando espacios de atención psicológica individual y gratuita. Si bien no son espacios explícitamente obligatorios, se asume que son necesarios para poder desarrollar la tarea eficazmente.

visualiza la construcción creciente de una nueva agenda de demandas vinculadas al cuidado en la economía popular. En particular, interesa destacar tres líneas de demandas: i) aquellas vinculadas a las condiciones en que se cuida (infraestructura, equipamiento, recursos); ii) aquellas vinculadas a la situación de las trabajadoras (con su reconocimiento y remuneración); y, por último, iii) las relacionadas con necesidades específicas del sector que buscan ser contempladas por las políticas públicas de cuidados.

En relación con el primer eje -las condiciones en las que se cuida- se destaca la demanda hacia el Estado (en sus diferentes niveles, instituciones y programas) de políticas que incluyan presupuesto para infraestructura, equipamiento, material didáctico y pedagógico, entre otros recursos que aparecen como necesarios para el funcionamiento cotidiano y para la calidad de la propuesta socioeducativa de estos espacios de cuidados, como afirma la coordinadora de uno de los CIRA:

Hoy en la actualidad no hay ninguna política pública que abarque las infancias de la economía popular, creo que de ninguna infancia, pero sobre todo de la economía popular no hay ni un convenio que abarque infraestructura, que tenga insumos... porque cuidar a pibes no es solo "lo tiro ahí, le doy de comer y un par de juguetes", tiene que tener un lugar adecuado (...) Imaginate, acá a las 5 de la tarde los pibes ya fueron al jardín, ya fueron a la escuela y después vienen acá. Tenés que tener cosas que llamen su atención (...) No hay una política que incluya la infraestructura, el insumo, el material, y sobre todo sueldos dignos, porque sino las compañeras... siempre las tareas de cuidados son muy relegadas (...) Los programas que hay más allá de la beca te dan financiamiento solo al principio y para empezar, y es poca plata (...) Y sobre todo que todos los lugares tienen el problema de no tener espacio físico propio, o son alquilados, o son prestados o son conveniados.

En relación con el segundo eje -demandas vinculadas a la situación de las trabajadoras- se destaca especialmente la problematización respecto del reconocimiento económico del trabajo de cuidados que se realiza, a partir de esta identificación creciente como trabajadoras y, en particular, como trabajadoras de la economía popular. Así aparece formulada esta demanda en la voz de una referente de la rama sociocomunitaria:

Se necesita un programa que sea integral y que pueda realmente tener un presupuesto digno para las trabajadoras de los espacios que siguen quedando muy atrás, que haya programas integrales nacionales que puedan dar respuestas a salarios dignos, a equipamientos, a insumos, y

que se vaya visibilizando cada vez más este tipo de experiencias (...) Algo que siempre se reclama desde la rama y las trabajadoras de los centros infantiles es que pueda existir un reconocimiento específico para las trabajadoras del cuidado por esta diferencia que existe con otros actores de la economía popular que es, bueno, nosotros promovemos el Salario Social Complementario, entonces, por ejemplo, un cartonero puede vender su material, aún así no llega, y necesita un complemento. En el caso del trabajo de cuidados, de servicios, no hay nada que complementar. El salario social debería ser un salario integral y debería haber un piso de ingreso económico por todo ese trabajo que es muy importante, muy valioso, muy productivo en términos sociales, pero que no se mide en plata y debería haber algún plus de reconocimiento por ese trabajo de cuidados que permita llegar a un ingreso digno.

Por último, en relación con las necesidades específicas de cuidados en el sector, se destaca la formulación de un conjunto de demandas a través de las cuales se busca que dichas necesidades (horarios nocturnos en relación con las características del trabajo de las familias, o jornadas extendidas, o bien una amplitud etaria más inclusiva, entre otras cuestiones) sean contempladas por las políticas públicas. A la vez, se destaca la potencialidad de estas experiencias desplegadas en el marco de la economía popular para ser replicadas como políticas públicas.

La necesidad de pensar en espacios de cuidados para el sector amerita que se piense de forma integral, que se pueda reforzar las edades de niños de 45 días hasta los 17 o 18 años, porque cuando las familias salen a trabajar necesitan resolver el cuidado de todos, no solamente de los niños más chiquitos, y muchas veces eso implica que no sean horarios de colegio o escuelas, ya sea porque el trabajo que desarrollan las familias tiene un horario particular como el turno noche en cartoneros, o ya sea porque la producción textil lleva por lo menos 8 horas y en muchos casos no existen escuelas de jornada completa entonces los niños necesitan ir al contraturno del colegio... pensar un poco de manera más integral las edades (Referente de la rama sociocomunitaria)

Este conjunto de demandas (y otras tantas que exceden el desarrollo del presente trabajo) se vinculan con las reflexiones que surgen en la pandemia y también con esta nueva jerarquía de los cuidados y las cuidadoras señaladas anteriormente que habilita, asimismo, nuevos procesos de reflexión y organización. Uno de los desafíos en este sentido tiene que ver con la movilización y visibilización de esa agenda de demandas y la inclusión de las

necesidades de cuidados como una demanda de todo el movimiento. En este último punto, un ejemplo de esta articulación más estrecha entre el ámbito de la organización social, de los espacios de producción de mercancías y cooperativas, y de los espacios de cuidados, fue la incorporación de la demanda de espacios de cuidados sumada a la histórica consigna de la rama textil “la casa para habitar, el polo para trabajar” con motivo de la marcha de San Cayetano por “Tierra, Techo y Trabajo” en el año 2021:

Llevamos nuestra consigna 'La Casa para habitar el Polo para trabajar', así como la demanda de espacios de cuidado para las infancias de las familias trabajadoras textiles” (Declaración del MTE Textil en redes sociales, año 2021)

También esta creciente articulación de las demandas de cuidados en la economía popular se visualiza en la reciente apropiación de ciertas agendas (como la demanda de un Salario Básico Universal) desde la perspectiva de los cuidados y de la rama sociocomunitaria, lo cual interesa en particular continuar indagando.

5. Reflexiones finales: ¿reconfiguración o visibilización?

Las organizaciones sociales y comunitarias que proveen cuidados se constituyeron en un actor central en contexto de pandemia para dar respuesta a las necesidades que emergieron en los territorios. Los CIRA en tanto espacios de cuidados desarrollados en el marco de una organización de la economía popular como el MTE no fueron la excepción; cumplieron un rol esencial para en el sostenimiento de las familias (en los casos analizados, de las familias textiles y cartoneras) en este difícil contexto.

Para profundizar en el entendimiento del impacto de estos procesos cabe preguntarse: ¿estos espacios de cuidados (su iniciativa y sus formas organizativas) se reconfiguraron en contexto de pandemia? ¿o bien se visibilizaron a partir del protagonismo que adquirieron sus tareas? La respuesta a esta pregunta no puede dejar de ser: ambas. La pandemia produjo, como hemos analizado, una reconfiguración de estos espacios de cuidados de la economía popular, de sus dinámicas cotidianas y de su funcionamiento. Esta reconfiguración permitió la sostenibilidad de la vida en un contexto de crisis sanitaria, económica y social profundas. A la vez, habilitó reflexiones desde los espacios y sus

trabajadoras en relación con las condiciones físicas y materiales en que se proveen cuidados y la importancia del cuidado de quienes cuidan. Esta capacidad de la organización, de los espacios de cuidados y de las cuidadoras y educadoras de reconfigurar y readaptar sus prácticas para brindar respuesta inmediata a las urgencias, sumado al contexto general de un Estado que se abocó fuertemente a un discurso sobre la prevención y los cuidados, habilitaron una importante visibilización de estas tareas de cuidados ampliados que eran previas a la pandemia pero que asumieron un protagonismo específico en ese contexto. Las organizaciones cobran visibilidad como actores privilegiados de la atención de necesidades y articulación de respuestas territoriales en momentos de crisis. Esta visibilización fue múltiple: hacia el Estado (y de allí la calificación de estas trabajadoras sociocomunitarias como esenciales), hacia el conjunto de la sociedad (donde los cuidados adquieren un protagonismo público); y hacia la propia organización social (donde los cuidados y las cuidadoras adquieren una nueva jerarquía).

A partir del análisis del caso de los CIRA de la rama textil y cartonera del MTE como una estrategia de cuidados colectiva fue posible identificar cómo la génesis y desarrollo de estos espacios se vincula de modo directo con las necesidades de los espacios de producción de mercancías y de trabajo de las familias. A la vez, cómo estas respuestas se formulan en relación con un diagnóstico de déficit de la oferta pública estatal de cuidados que se adapte a las necesidades del sector, y de la dificultad (en mayor medida, imposibilidad) de esta población de adquirir esos cuidados en el mercado. La génesis y desarrollo de los CIRA ha generado impactos relevantes en las condiciones de vida y trabajo de las familias de la economía popular: permitiendo a los adultos (y fundamentalmente a las mujeres) insertarse en actividades laborales, ampliando así los ingresos de las familias e impactando sobre ciertas brechas de género; posibilitando avanzar en procesos de formalización del trabajo (que implica mejorar las condiciones en que se realiza el mismo, los ingresos y el acceso a derechos); buscando garantizar infancias plenas, dignas y con derechos, evitando situaciones de trabajo infantil y múltiples formas de violencias; también generado nuevos trabajos para las familias de la economía popular vinculados al cuidado y a la educación popular en estos espacios. Hablamos de cuidar “en” la economía popular y “a” la economía

popular para dar cuenta de esta provisión ampliada de cuidados que se realiza: a los niños, niñas y adolescentes, a sus familias, a los trabajadores y trabajadoras, a la comunidad de la economía popular y al movimiento.

En función de este recorrido de los CIRA, y en su intersección con el contexto de pandemia, hemos identificado ciertos procesos (muchos de ellos en curso) que muestran un protagonismo reciente de la cuestión de los cuidados en la economía popular. Por un lado, la estructuración orgánica en una rama de actividades -la rama sociocomunitaria- y la consolidación de la misma a partir de la formulación de objetivos y de un horizonte que otorga prioridad y protagonismo a experiencias específicas como el CIRA. A la vez, permite pensar a estos espacios como “unidades productivas”, donde se producen cuidados directos, alimento, conocimiento, contención, bienestar para las familias de la economía popular. Esta perspectiva visibiliza la relevancia de estas tareas para el sector, y la urgencia de avanzar en su reconocimiento y remuneración. En relación con esto último, hablamos también de una nueva jerarquía de las cuidadoras para referir a una creciente identificación como trabajadoras, a la vez que emergen preocupaciones sobre las condiciones en que ese trabajo se realiza y sobre la necesidad de auto-cuidado. Estas nuevas jerarquías permiten, por último, la emergencia de una nueva agenda de demandas vinculadas a los cuidados en la economía popular; una agenda relativa al reconocimiento y remuneración de estos trabajos; a la necesidad de recursos para el desarrollo de sus actividades; pero también de demanda de políticas públicas que integren las necesidades específicas de cuidados en el sector y que reconozcan estas experiencias desplegadas por las organizaciones en función de su potencialidad para ser replicadas. Estos procesos identificados se presentan de forma inacabada y en curso. A la vez, permiten identificar un nuevo rol de los cuidados y sus formas organizativas en la economía popular y, sobre todo, su posibilidad de movilización para transformarse en políticas públicas concretas se torna un desafío central, y en un proceso relevante en el que interesa continuar indagando.

Referencias bibliográficas

Aguirre, R., Batthyany, B., Genta, N., Perrotta, V. 2014. Los cuidados en la agenda de investigación y en las políticas públicas en Uruguay. *Iconos*, 50, 43-60.

- Bertellotti, A. y Cappa, A. 2021. *Recuperación de residuos sólidos urbanos. La rama "cartonera" de la economía Popular*. Buenos Aires: Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Bertellotti, A., Fara, I. y Fainstein, C. 2019. La rama textil de la economía popular en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Documento de Trabajo N°47*. Buenos Aires: Fundación Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Campana, J. 2022. Organizaciones sociales y comunitarias que proveen cuidados. Informe n°3 de la Serie Acciones en Tiempos de Pandemia. *Iniciativa de mapeo colaborativo Territorios en Acción*. Buenos Aires: Flacso Argentina.
- Campana, J. y Rossi Lashayas, A. 2021. Cuidar la economía popular en pandemia: un análisis desde la rama textil del Movimiento de Trabajadorxs Excluídxs en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *XIV Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Cappa, A. y Campana, J. 2021. Entre la crisis coyuntural y la desigualdad estructural: apuntes para la construcción de una protección social universal en Argentina. En *El Estado y las políticas públicas entre la crisis social y la búsqueda de equidad*. Buenos Aires: Flacso.
- Carrasco, C. y Díaz Corral, C. 2017. *Economía feminista: desafíos, propuestas, alianzas*. Buenos Aires: Madreselva
- Castronovo, A. 2018. ¡Costureros carajo! Trayectorias de lucha y autogestión en las economías populares argentinas. *Íconos*, 62,119-139.
- Chena, P. 2017. La economía popular y sus relaciones fundantes. *Economía popular. Los desafíos del trabajo sin patrón*. Buenos Aires: Colihue.
- Espinosa, C. 2011. Cansadas de ceder. Sentidos de la politización del género en el Espacio de Mujeres de un movimiento piquetero. *Revista d'antropología i investigació social*, 5, 46-61.
- Esquivel, V. 2012. Cuidado, economía y agendas políticas: una mirada conceptual sobre la 'organización social del cuidado' en América Latina". *La economía feminista desde*

- América Latina: Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*. Santo Domingo: ONU-Mujeres.
- Fernandez Alvarez, M. I. 2016. Experiencias de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienestar(es) desde la economía popular. *Revista Ensamblés*, 4 y 5, 72-89.
- (2018). Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular argentina. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 62, 21-38.
- Fisher, B. y Tronto, J. 1990. Toward a Feminist Theory of Caring. *Circles of care: work and identity in women's lives* (pp. 35-62). Nueva York: Suny PRESS
- Grabois, J. y Pérsico, E. 2019. *Organización y Economía Popular*. Buenos Aires: CTEP - Asociación Civil de los Trabajadores de la Economía Popular.
- Pautassi, L. y Zibecchi, C. 2010. La provisión de cuidado y la superación de la pobreza infantil. Programas de transferencias condicionadas en Argentina y el papel de las organizaciones sociales y comunitarias. *Serie Políticas Sociales* Nº 159. Santiago de Chile: CEPAL
- Pérez Orozco, A. 2014. *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pérsico, E. y Grabois, J. 2014. Cuadernos de formación para trabajadores, militantes, delegados y dirigentes de organizaciones populares. *Cuaderno n°1: "Organización y economía popular: nuestra realidad"*. Buenos Aires: CTEP -Asociación Civil de los Trabajadores de la Economía Popular.
- ReNaTEP. 2022. Características laborales y productivas en la economía popular. *Informe de la Secretaría de Economía Social*, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.
- Rodríguez Enriquez, C. 2015. Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Nueva Sociedad*, 256, pp. 30-44.
- Rodríguez Enriquez, C., Alonso, V. y Marzonetto, G. 2015. Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, 4(8), pp. 103-134.

- 2020. En tiempos de coronavirus el trabajo de cuidado no hace cuarentena. *Pensar la pandemia: observatorio social del coronavirus*: CLACSO.
- Roig, A. 2017. Financierización y derechos de los trabajadores de la economía popular. *Economía popular. Los desafíos del trabajo sin patrón*. Buenos Aires: Colihue.
- Señorans, D. 2020. Economías populares, economías plurales. Sobre la organización gremial de los trabajadores costureros en Buenos Aires, Argentina. *Cuadernos de Antropología Social*, 51, pp. 189-206.
- Skeggs, B. 2019. *Mujeres respetables. Clase y género en los sectores populares*. Buenos Aires: Ediciones UNGS.
- Zibecchi, C. 2014. Entre el trabajo y el amor, el cuidado de niños en contextos de pobreza: el caso de las mujeres cuidadoras del ámbito comunitario. *Estudios Sociológicos*, 32 (95), pp. 385-411.